

CUENTO



“Mamá, ha comenzado la orfandad, la orfandad sin calle ciega”.

Lupe Rumazo, *Carta larga sin final*

Honor a un vetusto amor que vive en mi corazón

Entonces fue ahí cuando recordé todo de ti. Recordé gradualmente cómo una mañana de agosto, en una ciudad, no muy grande, aprecié lo que más tarde se podría considerar como la luz en medio de mi oscuridad. Recordé cómo entré a ese salón de clases soñando con la música: ¡Vaya ironía!, alguien tan tímido frente a las personas queriendo cantar, es uno de los pensamientos más recurrentes en mi mente, pero todo eso pasó a un segundo plano, al encontrarme con la belleza de aquel momento en que te vi...

Me atrevo a decir que, desde ese momento, ni Picasso ni Van Gogh pintaron algo tan fino, delicado y hermoso como el cuerpo de esta mujer. Pues la figura de sus cabellos, su sonrisa, sus labios, cada lunar era tan perfecto como las estrellas. Perplejo y anonadado, navegando en sus pupilas, llenaba mi alma de una magia incandescente que alegraba el corazón de aquel niño olvidado.

—¡Mierda! Créeme, el sol quisiera deslumbrar en sus atardeceres tanto como lo hacen sus ojos, —pensé mientras me perdía en su mirada como un náufrago extraviado en el mar, pero afortunadamente alimentado por los rayos del sol, a saber, sus ojos.

Al reaccionar, me di cuenta de que estaba parado en medio de un salón, mirando hacia quién sabe dónde, pero pensando de todo. Traté de disimular y tomar un pupitre ágilmente, sin embargo, creo que esto solo hizo que mi estado de conmoción y nervios fuera más evidente. No obstante, a pesar de lo que había sucedido, busqué un lugar para colocar el pupitre, y para mi mala suerte, el único espacio libre era justo donde no quería estar, es decir, a su lado.

Tomé entonces una guitarra y traté de ignorar mi entorno. No fue fácil, puesto que yo no tenía idea de cómo interpretar un instrumento de cuerda, y todos estaban ensayando canciones para las presentaciones musicales y demás ocasiones que pudieran surgir.

Toqué acordes al azar, creyéndome un camaleón que intentaba adaptarse a su entorno, pero no puedes pedirle a una lagartija que cambie de color. Fue así como mi entusiasmo por la música se desvanecía, y minuto a minuto perdía la fe de seguir asistiendo a un lugar donde sabían lo que estaban haciendo, mientras yo no tenía ni idea.

Pero...

La suerte mía es deseada por todos.

—¿Quieres que te explique? Fueron las palabras que dejaron mi cuerpo frío y sin aliento. ¿Quién diría que algo tan importante para nosotros sería el hecho de que yo odiara la guitarra?

Sin saberlo, así empezó nuestra historia.

Cayó por culpa del chat

Hace algunas décadas, en una urbanización llamada El Mangle Mojado, vivían personas extremadamente inteligentes e ingeniosas que poseían tecnología de punta, la más avanzada del planeta. Usaban esta tecnología para protegerse de aquellos que deseaban apoderarse de ella, lo que hacía que fuera difícil encontrar este lugar.

Los habitantes tenían muchos valores que inculcaban en sus hijos. Sin embargo, había una joven bastante rebelde que le daba mal uso a la tecnología a la que tenía acceso, a Caperuza le gustaba utilizar las redes sociales para causar daño, difundir mentiras, calumniar, crear chismes y estafar a las personas a través de perfiles falsos, y nadie sabía quién era el responsable de tales actos. Ella rara vez salía de la urbanización, ya que sus padres no confiaban en ella, pero se pasaba el tiempo navegando en la web hasta el punto de adquirir conocimientos variados y conocer lugares únicamente a través de su pantalla.

Un día, se enteró de que un grupo de personas planeaba salir de la urbanización, algo que a ella también le gustaría hacer. Habló con sus padres, pero ellos no le concedieron el permiso.

Caperuza decidió escaparse e irse sola con el objetivo de abandonar los muros que siempre había conocido. Fuera de la urbanización, activó el *GPS* para encontrar el camino que la llevaría a un centro comercial, ya que siempre había deseado visitar uno. Sin embargo, consideró que la ruta era demasiado larga y optó por tomar un atajo. Mientras caminaba, se encontró con su buen amigo Riviel, quien era famoso por ser un ejemplo en su comunidad. De manera amable, le preguntó: ¿Por qué estás sola en estos lugares? A lo que ella contestó bruscamente: Qué te importa, no te metas. Y siguió con su celular, compartiendo historias de su aventura en las redes sociales. El buen amigo quedó asombrado, ya que nunca imaginó que una joven tan bonita y perteneciente a El Mangle Mojado fuese tan grosera.

Cuando Caperuza llegó a su destino, hizo publicaciones en las redes sociales diciendo que mientras caminaba, se encontró con el Riviel, quien supuestamente intentaba llevársela con mentiras y le hacía propuestas indecentes. Estas publicaciones se volvieron virales en poco tiempo, y el buen amigo recibió amenazas de muerte de diferentes personas que creyeron la versión de Caperuza.

El Riviel no sabía qué hacer. Desconcertado por dicha situación, decidió escribirle a la autora de todo este escándalo para preguntarle por qué había difundido semejantes acusaciones. Él también tenía acceso a la tecnología de alta calidad, algo que la joven desconocía. Mientras conversaban, él puso en práctica su plan, ya que los mensajes de Caperuza se autodestruían después de ser leídos. En el chat, ella confesaba toda la verdad y se le burlaba al Riviel, asegurando que nadie le creería.

Días después, el buen amigo logró demostrar su inocencia a través del chat que tuvo con Caperuza, exponiendo toda la verdad sobre lo ocurrido y revelando que ella era la causante de todos los problemas que se presentaban en la urbanización mediante las redes sociales. Como consecuencia, a Caperuza la castigaron privándola de su apreciado celular y prohibiéndole el acceso a la tecnología de la urbanización.

Never More

Desde que yo era bien pelado, bien petiso, me interesé por una nena bien preciosa. Con el tiempo creció, como era de esperar, pero lo que me sucedió a mí seguramente no le ocurrió a ninguno de los tartufos de mis amigos, y eso qué dudo de que alguno de ellos se sienta dispuesto a contar sus experiencias frustradas, porque no creo que Héctor, ni Jati, ni mucho menos Honguito (quién, en esos primeros años de adolescencia, era una nutria, y ahora, al pasar los años, se las da de galán), hayan pasado por lo que yo pasé. La vida me arrojó a un profundo abismo de insatisfacción y desconcierto, donde puede haberme pulverizado.

A los quince años, si mal no recuerdo, ya muchos empezaban a desvirgarse, porque en esas fiestas de quince a las que nos invitaban y a las que nos hacíamos los desentendidos, pasaban muchas cosas. Incluso El Bacán, aquel que solía actuar como un misántropo, haciéndose el “metacho” decadente, en un tiempo donde ya nadie lo era, ahora cambia de novia cada fin de semana.

A mí me da una pereza evocar el olor de los recuerdos, los matices de las canciones y todas esas cosas que con entusiasmo le ofrecí a Angie, porque sencillamente me suscita vergüenza. Nadie puede olvidar cómo solía ser yo y las cosas en las que yo andaba. Angie ya no me daba la hora ni el saludo, a pesar de que he estado desde el quinto grado, nada de nada, en cada uno de estos años, le he intentado robar un pico, eso es muy fácil, diría El Bacán, pero este perro, a más de músico, sabe ladrar muy bien, ya ha experimentado lo que era dormir con las piernas cruzadas y recibir el calorcito de los cueros hechos nudo. Yo tuve burlas ni las más cabronas, por ejemplo, hace un año que fui con esmero a declarar mi amor a Angie que, sin pena, me mandó a descansar con los pájaros, ¿cuántas caras, en todas sus expresiones, no me fustigaron en lo más bajo? Ser el pitorreo de la jornada, de un viernes con rosas y chocolates, mi nombre avasallado por los ojos espectadores. Mi obsesión, decía todo el mundo, estaba describiéndome de la peor manera. Yo crecí

enamorado de esa nena, desde que jugábamos al trompo y a los siete enanitos, pero ya no queda nada de eso, es hora de madurar.

Lo que quiero que me dejen revelar, es la extrañeza que experimenté un día, un lunes, cuando recibí una noticia desgarradora. Todo esto estaba relacionado con el hecho de que Angie dejó de asistir a clases. Mi corazón se apretaba de angustia cada vez que iba al colegio con la esperanza de volver a verla. Me arriesgué a preguntarle a Leonora, quien era amiga de Angie y a la cual yo no le caía nada bien, cuál era el motivo por el que Angie llevaba tanto tiempo sin ir al colegio.

Angie estudiaba en un salón contiguo, a lado, en el 10-B, pero su amiga que me tenía inquina no quiso darme ninguna explicación. Cada vez me interesaba menos hablar de Angie con los demás, ni siquiera con mis padres, quienes estaban hartos de verme deprimido. En alguna ocasión me dijeron que yo la acosaba, y que debía darme cuenta de que tenía la apariencia de un pervertido, pero yo no era ningún pervertido. Lo que sucede es que cuando uno no recibe reciprocidad, uno termina llevando dos etiquetas: perdedor y villano.

Me dolió profundamente cuando Benítez la traicionó con María Clara, dejándola sumida en un mar de lágrimas. Ese maldito perro. En fin, qué pereza que siempre me cargo, pues, pensar cuesta y recordar duele. Con los recuerdos hay que tener cuidado, puede que salten al presente a jugarte una trampa. Le pregunté a Felipe acerca de Angie, pues era un compañero suyo que, aunque no compartía mucho con ella, al menos estudiaba con ella. Indagué si tendría alguna novedad, pero no, el pelado tan indiferente y raro, nunca tuvo idea.

Ya hacía más de un mes desde que su ausencia me tenía atollado en mi cuarto, mordiendo la almohada. Si le había pasado algo, seguramente ya lo sabría, pues los chismes pululan, que haya echado pá otro colegio, eso podría ser, no más pensaba yo todos los berracos días. ¿Quién podía rescatarme sino yo mismo? Mamá fue muy considerada, pero no dejaba de decirme por qué no me daba el chance de conocer a Julia, que guagüita más educada y tierna, pero Julia es muy sonsa, a ella no le gusta salir a fiestas ni siquiera maquillarse, y cuando uno se le acerca a saludar, ella se va corriendo como una loca.

Para que vean que dejé el asunto, pues creí que tarde o temprano, algún chisme correría por los pasillos y mejor me iba a poner a estudiar los alcanos que pal día siguiente tenía examen.

¡Qué va! No logré estudiar, es que no pude, si apenas abría ese cuaderno me ensimismaba en toda la mitad del cocido, distraído nada más, acariciando los bordes hasta el hastío, luego me puse el pijama y pensé en El Bacán, aparte de perro y músico, era bien pepa, mañana como sea le sacaba las respuestas. ¡Caramba!, y de no poder estudiar a no poder dormir, esa noche fue muy importante, porque la última vez que vi el reloj eran las 4:12 A.M., y meciéndome en la cama, de cabeza, voltereta, una tijera, otra, una pierna afuera... mejor dicho. En un momento en que miré el techo, solté un suspiro y cerré los ojos, me situé entonces frente una puerta, todo estaba muy oscuro y silencioso, me fui acercando a ella meticulosamente, la abrí dando un breve girón el picaporte, y me encontré con un sombrío bosque, sí, sombrío del cielo gris, un frío turbio y unos árboles que se movían con levedad, regresé a tantear la puerta, la puerta ya no estaba, no me quedaba de otra que el berrido, pedí auxilio, pero una vez adaptado a la atmósfera empecé a caminar sin dirección, «¿en qué vainas es que andaba ahora?», pensé.

Nada, seguí caminando, todo se veía sumamente solitario, hasta que en un buen recorrido se divisó a lo lejos una luz, provenía de una barraca. Al asomarme, pregunté si la habitaba alguien, pero ningún aliento se escuchó, ya metido en el cuento, empujé la puerta, ¡santuarios!, ahí sí me cagué de miedo, otra soledad en la intemperie, esa lamparita que colgaba en una repisa era la que me llevó hasta ese lugar, entré preguntando por el anfitrión, pero no había ninguno. Eché un vistazo de lado a lado, me senté en un sillón muy vetusto; lo extraño es que para toda esa ocurrencia, el miedo se aminoraba, a uno le daba la pensadera de que ese lugar era muy interesante para una estadía efímera, como para un encuentro furtivo, para escribir una novela, para tener una concubina con María Clara, o con An... «Mierda», musité, apoyando el mentón en la palma de la mano, Angie nuevamente en mis sentidos, en mis olores, en mi saliva, siempre bailaba en mi cabeza su mirada escalofriante, al no saber de su existencia uno se pone afligido, solo era nombre la entidad, no me quedaba sino eso, su nombre y un sonido para pronunciarla.

Estaba postrado débilmente en ese viejo sillón, cuando de pronto oí un estruendo al fondo de la barraca, ahora ¿quién se iba a ver hasta allá? «Varoncito», pues, me dije, crispando puño, «varoncito», y me sumergí entero a esa oscuridad. Tanteando ciegamente las paredes llegué a sentir una verja, se oyeron a lo alto unos pasos ligeros, supuse que venía de las tejas, sin más trabas, abrí la verja forzosamente, cosa que resultó un patio, salté para ver que había en el tejado, y no era nada. Me arrojé a llorar en un recoveco, llamé a mamá tres veces, a la nada, le preguntaba por qué había llegado yo ahí, mañana tenía examen a primera hora, en sumo de impotencia no me calmaría el delirio.

Y ahora fue un graznido, unas raeduras, y no se imaginan, unas alas negras se extendieron por los cielos, mi corazón se aceleró por la acción venidera, y tal cosa negra se posó frente a mí, un cuervo en la punta de mis tenis era quizá la respuesta que esperaba, la que me sacaría del delirio, de la estupefacción desmesurada.

—Ven querido amigo —le dije—. ¿Por qué has venido?

El cuervo pegó dos brincos hacia atrás e inyectó su mirada ladeada en mi ojo izquierdo.

—Ay no, Mal Ladrón —musité—. Cuervo, debo volver a casa, no sé qué lugar es este, el cielo es nítidamente gris y tú te apareces como si nada. Qué hay cuervo, no me mires así, que tengo un dolor muy profundo en mi pecho.

El cuervo ladeó su cabeza al otro costado, fijando su pico en mi otro ojo.

—Dime, cuervo, ¿reinará la paz alguna vez en mi leso corazón?

¿Pero qué mierda hacía?, me estaba volviendo loco. Bueno, no hice sino prestarme indiferente con el ave, ya no quise pensar en alcanos, El Bacán era bueno en química, ni modo, a confiar, solo pensé que, después de clases, podría ir a casa de Angie a preguntar por ella, no sé porque no se me ocurrió antes, sus padres no son más que gentileza, probablemente saldría de dudas de la manera más considerada. Cerré un segundo mis ojos, respiré fuerte y despacio, fuerte y...

—*Never More...* —se escuchó, abrí mis ojos para buscar esa voz, ese ronquido tan sobrenatural, un anglicismo balbuceante. El cuervo se instaló en el borde del tejado, extendía y cerraba sus alas. Tuve la seguridad de que perdí la cordura, no podía creer que

aquella voz procediera de un ave, aunque, si quería respuestas, las debía recibir en todas sus formas.

—¡Hey!, pequeño errante, por qué no me dices qué lugar es este, ¡y cómo puedo volver a mi hogar...! ¡eh! ¡Responde!, ¡animal!, ¡responde!

No existía manera de que el cuervo, llegando a la desesperación, cediera ante algún encanto. No podían ser alucinaciones. ¿Cómo podía ser que, siendo tan joven, de repente tuviera problemas en la cabeza? Me quedé perplejo, mirando el cielo, que parecía más una pintura de Francis Bacon: una luna rectangular con un ojo de buitre y colmillos de jabalí.

—*Never More...*—siseó de nuevo la voz.

—Eres tú, cuervo burlón. ¿Qué demonio eres, y por qué sostienes un lenguaje que no es propio de tu especie?

Hubo un silencio y el cuervo bajó del tejado para acercármeme a mí en el suelo. Picoteó suavemente la punta de mis tenis y luego se dio vuelta alejándose.

—¡Responde! ¿Eres un buen mensajero?

Se volteó y empezó a volar hacia a mí como si intentara atacarme, lo esquivé ágilmente, ni lento que fuera, y este se posó en una columna.

—*Never More...*—dijo claramente.

Yo no pude evitar reír, reír descontroladamente para después caer en nostalgia.

—Dime, cuervo, ¿alguna vez seré feliz? —pregunté al cuervo.

—*Never More...*—respondió.

—Entonces, y Angie... ¿veré una vez más su *soul Winehouse* salir de sus labios?

—*Never More...*

—Quiero volver a casa, cuervo, quiero volver...—Suspiré.

—*Never More...*

—¿Qué pasa con Angie? ¿Dónde se encuentra? ¿Cuándo volverá a clases? — Pregunté con urgencia.

—*Never More...*

—Pero...paparulo, plumoso, no sabes lo que dices. Si ella vuelve, prometo dejar mi tontería de pretenderla. La dejaré que viva su libertad junto al hombre que considera suyo.

—It's too late... Never More...

No pude resistir la tentación de la ira al ver sus ojos que gozaban de mi desesperación. La certeza de ir tras él me inundó, y mis gritos se entremezclaban con la tormenta que se desataba. El cuervo agitó sus alas y frunció su mirada energúmena.

Entonces, lo desplumé.

Eran las 5:20 A.M., la alarma sonaba insistentemente, y mi padre ya hizo lo que hacen los padres cuando uno se queda pegado en la cama: me había quitado las cobijas y me había echado un poco de agua fría. Hice diez flexiones de pecho y diez ejercicios dorsales, siempre lo hago para no andar cabeceando en la clase, me metí a bañar. Qué sueño tan lucido y degeneradamente largo, fue una sublime pesadilla, y me preguntaba acerca de las respuestas del cuervo.

Mientras me pasaba el jabón con mucho cuidado, temblando de escalofríos, pensaba en la idea mal tejida y el recuerdo latente del sueño, con ganas de salir de la bañera y meterse en el papel de Sherlock Holmes. No, no, no, que barrabasadas decía, aunque ese era un lindo cuervo, pobre, seguro que en la realidad no hubiera hecho nada para lastimarlo. Fue un alivio que la pesadilla haya terminado ahí, y ojalá nunca más vuelva. Sin embargo, seguía haciéndome la misma pregunta acerca del cuervo y su imagen onírica, pero con diferente intensidad, mientras me ataba los zapatos, que para colmo eran negros y me recordaron al maldito cuervo.

Cuando me aplicaba la colonia, escuché que mi mamá lanzaba algunas exclamaciones, tales como: ¡Ay no! ¡No! ¡Dios!, es una pena, decía, y luego preguntó: ¿Entonces no hay ningún avance positivo? ¿Ya no hay nada que...? En este punto bajó la voz y se quedó en silencio antes de colgar y sonarse la nariz. Por otro lado, papá golpeaba en la puerta de mi habitación para afanarme, ya era tarde. Sin embargo, mamá sugirió que ese día no fuera a clases y que en su lugar fuéramos a visitar a doña Bertha, la mamá de Angie. A papá no le gustó la idea, ya que no podía faltar a clases sin una justificación, pero mamá fue firme y sin esperar contrariedades, mandó a mi padre a pedir el permiso,

él quería prorrumpir algo, pero no hizo sino agarrar las llaves del carro e ir al colegio. Mi madre sugirió que me colocara un *jean*, ya que íbamos de visita.

—¿Qué pasó, mami... qué...?

Me dio la espalda.

De pronto sonó mi celular, era el Mono Rojo, mi mejor amigo.

—¿Aló? ¿Ernesto? —dijo.

—Sí, viejo, ¿qué pasó?

—¿Vas a venir a clases? Digo, porque...

—Porque, qué, dilo...

—Es Angie —dijo el Mono—. ¿Ya te enteraste?

—No, qué fue, mamá recibió una llamada que la dejó desconcertada y ahora dice que vamos a ir a ver a doña Bertha.

—¿Vas a ir dónde tu suegra? —preguntó con chanza.

En ese momento, me di cuenta de que estaba extremadamente agitado, mis dientes castañeteaban, y lo que antes había sido un sueño repulsivo, ahora lo percibía con una realidad exasperante. El modo en que me hablaba el Mono, a pesar de que lo último que dijo fue una macanada, sonaba a que estaba abatido.

—Pues la pelada está mal, por eso estos casi dos meses no ha ido a clases —dijo el Mono.

—¿Mal con qué?, se directo, perro rastrero.

—Calma, Ernesto, ¿de verdad nunca supiste que Angie tenía cáncer? Bueno, lo digo por ti, que siempre estuviste ahí, yo me enteré esta mañana por mi madre.

Me quedé absorto, suspendido en un ambiente opresivo. El Mono continuaba hablando, pero yo parecía estar en otro lugar, inmerso en el abismo de las desilusiones, como una de las Figuras Sentadas de Bacon, ajeno a la realidad convencional. Solo regresé a la conciencia cuando mamá me llamó, cuando una lágrima resbaló rápidamente por mi mejilla izquierda y cuando el Mono seguía perorando.

—Ya la internaron, viejo —dijo con una pausa jadeante.

Colgué el teléfono.

La canción fue escrita en el 72, pero no se sabe en realidad para quién. Hay algunos nombres, pero la cosa es que Richards tuvo más estribillos, más penas, así que, eso de que Bowie quería una canción para Angela no parece plausible, bien que podía hacerla él, y que Jagger la haya escrito para ese fin, no podría ser posible. En cualquier caso, aunque se termine el amor, parece no comprenderse a dónde los quería llevar las nubes, pero debió ser un buen amor, un buen tiempo al que duele decir adiós, ¿y qué más podemos esperar después del dolor? Después de todo, solo quedan las cicatrices que poco a poco carcomen el alma. Debió de ser un gran amor, porque adular el llanto del otro es aceptar la culpa, y aceptar la culpa es soler odiarse, queriendo enmendar el daño. ¡Pero qué cosa!, que haya escuchado esta canción justo en esa mañana, no puedo negar que tuve ganas de joder al taxista, mirar su rostro y mandarle su traque en el pómulo, daba la sensación de sacar la cuita con un puñetazo.

¿Y qué culpa cargaba el taxista?

¿No es hora de decir adiós?

Tenía catorce años y decenas de amigos. Un día escuchamos a Angie decir todo lo que quería en el futuro, quién quería ser, cómo quería vestir, qué lugares descender, los sueños de la juventud advertidos por una fantasía siniestra, desvanecida, súbitamente, la luz, la belleza, la vida, apagada queda la sonrisa, y si es sonrisa, será mueca lúgubre, como bobolones pasamos de las risas crudas de un sábado, al llanto frenético de un lunes, pues quién iba a pensar, en la euforia de muchas noches, que el sereno nos nublaría definitivamente la vista.

Dentro de la selva

Eran las 2:00 P.M. cuando me adentré en la selva para recolectar especies de hormigas para mi trabajo de grado en biología. El camino estaba densamente cubierto de maleza y la extensa vegetación que existía en el lugar. Quedé maravillado por la abundante fauna y flora que se encontraba en ese lugar. Decidí experimentar con algunas especies florales y noté una extraña flor muy colorida que se diferenciaba de las demás. Sus colores, forma y el extraño aroma que desprendía me llamaron mucho la atención. Sentía como si la flor me estuviera invitando a olerla.

Dicha flor nunca la había visto, conocía una amplia gama de especies vegetales y ésta no coincidía con las especies locales. A pesar de no reconocerla, accedí y acepté la invitación: inhalé su aroma y cuando este llegó a mi nariz, inmediatamente me empezó a dar una comezón y una fuerte sensación de estornudo que sentía que no podía contener, pero no pude estornudar, la comezón me impidió hacerlo, como si dicho acto fuera una tarea imposible. Mientras luchaba por estornudar, una intensa sensación de dolor invadió mis músculos, me hizo sentir débil, hasta el punto de quedar desplomado sobre la maleza y el musgoso suelo. Experimenté cómo mi cuerpo se encogía gradualmente, y mi ropa me empezaba a quedar grande. Me sentí desnuda, estaba en un estado de letargo, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo.

Pronto me di cuenta de que, al oler la hermosa flor, mi cuerpo había experimentado un cambio inexplicable de tamaño. Después empecé a notar que todo era más grande como si se tratara de un mundo de gigantes. Observé las palmas de mis manos y era precisamente lo que había imaginado: mi cuerpo se había reducido al tamaño de una hormiga. De repente, comenzó a llover, las gotas de agua eran de gran tamaño, las sentía caer sobre mi cuerpo como bombas que me tumbaban al piso. Corrí desesperadamente en busca de refugio y decidí ubicarme bajo la hoja de un frondoso árbol caído mientras la lluvia pasaba.

De repente, vi pasar sobre mí las patitas de una especie muy conocida por mí: una hormiga. Me observaba de forma muy extraña, como si se preguntara qué hacía un humano en ese lugar y de tamaño casi más pequeño que el suyo. Tratando de establecer contacto, le sonreí y le dije:

—¡Hola!

La hormiga asombrada, respondió:

—¿Hola? ¿Acaso puedes hablar?

—En efecto —respondió.

—Es maravilloso —expresé.

—Entonces ¿por qué cuando nosotros las vemos a ustedes no podemos escucharlas?

—Porque, para que ustedes puedan escucharnos deben tener el mismo tamaño que nosotras y como ustedes son mucho más grandes, nosotros les hablamos, pero no nos escuchan.

—¿Qué nos dicen ustedes que nosotros no podemos escuchar?

—Les pedimos que, por favor no nos pisen, que no dañen nuestras casas, les explicamos que somos indispensables en el equilibrio de la fauna y la flora, así como en el control de plagas, porque además ayudamos en la dispersión de semillas y la realización de otras tareas benéficas para el ecosistema.

Me conmovió profundamente escuchar todo lo que la hormiga me dijo, me encontraba con lágrimas en los ojos y no sabía qué decir. Comprendí que hay que tener respeto por todas las especies existentes, por diminutas que éstas sean, pues también sienten y además cumplen un rol importante en la naturaleza. La conversación con la hormiga me hizo reflexionar sobre cómo nuestras acciones pueden afectar a las criaturas más pequeñas y cómo debemos ser conscientes de nuestras propias acciones, como, por ejemplo, ser respetuosos con todos los seres vivos.

La hormiga me preguntó: ¿Has inhalado el olor de la flor multicolor?

—Sí, olfateé una flor rara de muy bonitos colores, que se encuentra diagonal a nuestra posición, y tiene 50 centímetros aproximadamente de altura.

—Entonces, para regresar a tu tamaño normal debes olfatear nuevamente la flor multicolor. No eres la única persona a la que le pasa esto, hemos ayudado a muchas personas a volver a su estado natural.

La hormiga amablemente me dijo que me montara sobre su lomo y que ella me llevaría hasta la flor para que recuperara mi tamaño normal. Accedí a su propuesta de inmediato, ya que no quería quedarme así. Me subí sobre el lomo de la pequeña y juntas empezamos el recorrido para alcanzar la altura de la flor multicolor. El viaje fue un poco largo, ya que tuvimos que superar diferentes obstáculos, pero finalmente logramos nuestro objetivo. Una vez que llegué ahí, le agradecí profundamente toda la ayuda que me había brindado y le prometí que nunca volvería a maltratar ninguna especie animal, ya sean insectos, flora o fauna. Me comprometí a respetar a los seres más pequeños que habitan en nuestro planeta y a enseñar a otros humanos a hacer lo mismo.

Luego, me coloqué frente a la flor, olí su agradable aroma y comencé a sentir la misma sensación que experimenté cuando mi cuerpo se redujo de tamaño. Sin embargo, esta vez noté que mi cuerpo y mis manos iban cambiando de tamaño de manera casi mágica, hasta que finalmente volví a la normalidad. Estaba muy feliz de poder volver a mi tamaño habitual y vi a la hormiga moverse con un gesto de felicidad. Le di las gracias nuevamente y regresé a mi casa. Así concluyó mi increíble historia dentro de la selva.

Cáscaras

El ciclo se repetía cada cierto tiempo, Verónica odiaba eso, una historia en la que vive, llora, grita, sufre y luego la nada. Estaba harta de repetir lo mismo. Y de nuevo inició su memorística historia:

Verónica se levanta, se cambia y acompaña a su madre a comprar ropa. Su madre escoge una blusa, pero le falta dinero, le pide que vaya a la casa por la plata que falta, muchas veces Verónica quiso negarse, pero su voz no se escucha y su cuerpo sale de la tienda hacia la casa. Sin darse cuenta de nuevo evita al loco en la calle que la persigue gracias al amable hombre que la toma de la mano y la deja cerca de su casa. De nuevo ve a su padre afuera de su casa “transformado”, lo ve golpeado y tartamudea mucho, tiene una cicatriz grande en la cabeza. Le suplica: Má- ta- me; Verónica acaricia su cabeza, sabe lo que pasará; una mujer aparece, le dice que las familias de la ciudad están haciendo esas “mejoras”, le informa que la madre de Verónica le hizo eso con ayuda de un tío y que la siguiente es ella y, que, por último, la misma madre de Verónica también “mejorará”. La mujer le propone que, si le da dinero, ella le dará una pistola para que ayude a su padre y a ella misma. Verónica acepta. Tiene el arma en sus manos, le dispara a su padre en la cabeza en cinco ocasiones. Él muere, pero personas desconocidas se llevan su cuerpo, la mujer le quita la pistola y le dice que le entregue el dinero para garantizar su propia muerte. Entra a su casa, sube al segundo piso, va hacia su habitación que tiene una ventana a la calle, agarra el dinero; sin embargo, escucha el portón de la puerta principal abrirse, no hay tiempo, salta por la ventana y, luego, la nada.

En la nada, Verónica no tiene cuerpo, todo es oscuro, solo ella habita en ese vacío, sin embargo, es ella misma y puede pensar y hablar lo que ella realmente desea. Por ejemplo, siempre piensa en cebollas y sus capas de cáscaras. Siempre es así, no obstante,

en ese momento comprendió algo nuevo, “Y si mi existencia es por...”; pero de nuevo comenzó el ciclo.

Verónica se levanta, se cambia y acompaña a su madre a comprar ropa....

Joe Durand, es un escritor de prosapia francesa, a pesar de ser de otra cultura, le gusta leer literatura culta, le gusta ver cine, ama la gastronomía de Francia y se ama a sí mismo con locura. Le encanta ver su reflejo en el espejo e imaginar que tiene mucho dinero. Pero, Joe, últimamente no puede concluir un cuento que da cuenta de una sociedad retorcida. Su protagonista es una mujer a la que no sabe qué final darle. Todas las noches enciende el computador y lee lo que escribió, pero no encuentra un final adecuado. Considera a su protagonista interesante, a tal punto que a veces imagina cómo sería en la realidad. Se encierra en su imaginación y cuando se da cuenta no ha avanzado nada, entonces se cansa, apaga el computador y se va a dormir. Sueña, pero siente que su sueño es diferente en algo, entonces la ve, es Verónica y es diferente a cómo la imagino.

—¡Por fin pude salir de la nada! –gritó Verónica.

—¿La nada? ¿Qué clase de sueño es este?

—¿Así que tú eres el creador?

—¿Creador?

—Sí, tú eres el maldito que creó este bucle infinito para mí.

—¿Bucle? ¿Esto aún es un sueño?

—Sí, para ti es eso, para mí es un escape de la nada.

—Espera, ¿qué eres?

—Soy el ser que creaste; sin embargo, no sé realmente lo que soy.

—Eres mi protagonista, escúchame con claridad esta es tu historia...—habló Joe sin percatarse de la sombría mirada de su personaje.

—Así que eres eso, y yo soy eso –con voz baja murmuró.

—Creador, tengo una pregunta, ¿si tu desapareces, yo desaparezco?

—Obviamente, ya que eres mi creación.

—Gracias por confirmar eso.

—¿Por qué?

—Porque tú eres la cáscara faltante por quitar de la cebolla, para que la cebolla no exista.

Verónica con una mirada enojada fue caminando hacia Joe y éste se dio cuenta muy tarde de lo que iba a pasar.

Machengo

Era un día de las madres, las 5:00 A.M., y el pueblo se sentía animado, las tiendas abrían sagradamente a esa hora y encendían la radio. Los pasajeros se embarcaban hacia la plaza de mercado para comprar regalos, ropa nueva, bebida y comida para celebrar. San Luis Robles siempre se había caracterizado por su hospitalidad y estaba habitado por afrodescendientes que provenían de Barbacoas, Mexicano, Iscuandé, Mascarey, Tablón y muchas otras veredas y municipios que colindan por mar o tierra. A San Luis llegaban a trabajar o de visita, se emparentaban unos con otros y se enamoraban del pueblo.

La costumbre de la gente era reunirse en las mañanas en el mentidero del parque a conversar o a ver pasar a la gente, y en las tardes de los domingos asistir a la iglesia; a cualquier hora del día el bailadero encendía la música. Ese día estaba haciendo un buen sol, el cura decía:

—Hoy será un gran día para hacer el brindis con todas las señoras madres.

Ellas colaboraban en la iglesia cantando los arrullos durante las misas. A veces, le llevaban buenos sancochos y comidas motetiadas al sacerdote, ayudaban con la limpieza de la iglesia e incluso le lavaban la ropa, ya que consideraban que el deber del pueblo era atender bien al misionero de Dios. Esto generaba buenos comentarios entre las señoras devotas del pueblo. En ese día especial, las madres llegaban muy puntuales junto con sus familias. También llevaban coronas y flores a las madres difuntas que se mencionaban al final de la misa. Todas recibían la bendición del padre: vida y salud para las presentes y descanso eterno para las ausentes. Muchos pasaban ese día suplicando a las ánimas perdidas de tantas madres difuntas que cumplieran sus peticiones a cambio de encender una vela en su memoria.

Doña Marina, quien vivía detrás de la iglesia y al lado del cementerio, le contó a su hija Marleny que había sentido pasos en la casa y un escalofrió cuando algo le rozó el rostro. Se persignó, rezó dos avemarías, invocó a las ánimas benditas y exclamó: “¡Alguien

va a morir!”. La gente comentaba que dos días antes, los perros habían estado aullando y excavando agujeros en la tierra, como si estuvieran advirtiendo que alguien iba a sucumbir en el pueblo.

El ahora finado se bajó del carro y, antes de llegar a su casa, como siempre sonriente de oreja a oreja, fue a felicitar a las madres que estaban sentadas en el solar de don Melcíades, donde ya estaban iniciando la “chupa” y esperando que terminara la misa para entregarse a la parranda. El finado daba besos en la mejilla y abrazaba a las madres, quienes más tarde expresarían su asombro ante la amabilidad que el hombre mostró ese día.

En el ambiente se mezclaba el fulgor de la música con el juego y correteo de los niños, quienes comían golosinas y se divertían alegremente. Las señoras lucían muy elegantes, estrenando sus mejores atuendos para la ocasión y disfrutando del cálido sol. El pueblo estaba bien animado y lleno de vida; en cada esquina del parque había música y gente bailando, mientras las chismosas asomadas observaban todo lo que sucedía de los andenes y los balcones.

Antes de su muerte Marcelino había estado en Tumaco, en casa de su hija mayor.

Horas antes de morir le dijo a su hija:

—Voy para Robles, mañana vuelvo.

—¡Ay!, papi, ¿será que usted sí viene?

—Sí, esta es la última vez que voy, no voy a ir más por allá —respondió.

Su hija sintió una profunda nostalgia al verlo partir y lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista. Se había ido sin el collar que llevaba un colgante con tres santos, un amuleto que su padre había mantenido con él desde hacía ya quince días sin quitárselo ni un momento. Más tarde, su hija descubriría que esos santos le concedían a su padre el poder de alejar a sus enemigos en el camino, la capacidad de luchar contra ellos y la habilidad de desviar las balas que dispararan en contra de él, con tan solo invocarlos.

Al llegar el finado a la esquina, un compadre lo llamó, lo saludó y le dijo:

—Marcelino, no vas a Robles, no jodas por allá... Con la guerrilla no se puede uno confiar porque ellos no son amigos de nadie.

Él, como siempre, se echó a reír y le comentó:

—No, yo solo voy a traer unas guaduas y por ahí mismo me devuelvo, allá no me va a pasar nada.

El finado se despidió y se subió en una moto, y su compadre ya no lo volvió a ver. Llegó a La Taguera, esperó a que se montaran todos los pasajeros a su taxi y partió para el pueblo. Pasó por el piñal salado y saludó a una excuñada, doña Nancy.

—De acá solo se le veían los dientes y la mano que me meneó dentro del carro —diría ella después—. Detrás del taxi miré una moto con dos tipos, pero no les presté atención. Como aquí los dueños del pueblo andan de arriba para abajo a toda en esas motos, no paré bolas.

Uno de los pasajeros que iba junto a él contó lo aterrado que se sintió por lo que había sucedido. Media hora después de bajar del carro, escuchó los tiros y la algarabía y supo lo que había ocurrido.

—¡Fue muy rápido! —dijo.

Al finado solo lo distinguía, y en el camino hicieron buena conversa. Le había caído bien porque tenía “voz de líder”. “Este señor tiene ‘sangre pa’ la política””, pensaba el pasajero mientras lo escuchaba hablar de los derechos que tenían como pueblo.

Después de saludar, el finado se fue de regreso a su casa, que estaba ubicada en el centro del pueblo. Apenas llegó, comenzó a cocinar un cuarto de arroz y luego salió, emocionado por el ambiente festivo que se vivía. En el pueblo, ya sabían lo que iba a pasar esa tarde. Todos, menos el finado. Cuentan los que estuvieron ahí, que ese día don Bale, que estaba bien borracho, vio pasar a Marcelino y se le acercó a susurrarle al oído:

—¡Marcelino, perdete que te van a matar!

Marcelino lo ignoró y siguió su camino, de hecho, se echó a reír. En la esquina de su casa, una amiga lo llamó y le ofreció una cerveza:

—Compadre, ¿se va a tomar una?

—Si me la da, con todo gusto.

Cuenta doña Fidela que en el momento en que sonaron los siete disparos, ella estaba en el huerto de su casa y escuchó a su vecina decir:

—El que a hierro mata, a hierro muere. ¡Murió donde cayó el otro!

—¡Y cuántos han matao, roboo y han muerto en su cama! —le gritó ella.

Ese día Nelly, la hermana de Marcelino, estaba en la iglesia, en primera fila como siempre, cantando los arrullos y entonando la misa. Salió a la puerta y preguntó:

—¿Qué pasó?

—¡Mataron a tu hermano Marcelino!

Nely tiró el bombo y salió ahí mismo a ver la novedad. Su hermano ya estaba muerto, y de su casa salía humo y olor a arroz quemado.

Las muchas advertencias que recibió Marcelino se conocieron después. El último en hablar fue un primo hermano suyo, que una semana antes le había mandado un papelito en el que le escribió detalladamente lo que le iba a pasar si subía al pueblo. Le dijo al razonero:

—¡Se lo entrega personalmente!

Marcelino lo recibió, pero nunca le envió respuesta.